

ANTES DE LAS SEIS

Hace más de tres horas que las estoy escuchando.

Primero fueron pequeños ruidos que me hacían escudriñar aprensivamente hacia el lugar desde donde provenían; después se multiplicaron en cantidad pero nunca fueron muy fuertes, sólo con la intensidad de un paso en falso dado por alguien que no quiere ser escuchado. Pero era de noche y -a mi pesar- el silencio del taller los destacaba lo suficiente como para mantenerme preocupado.

Todo empezó en casa: el nene que no se durmió temprano pese a que con Mabel tratamos de convencerlo, yo que tenía que estar en el taller a las cinco y media de la mañana y entre una cosa y otra se hicieron las doce de la noche.

Mirá, linda -le dije a Mabel cuando calculé que me podía quedar dormido si me acostaba a esa hora- ya son más de las doce y si no duermo ahora no me voy a despertar a tiempo así que me voy a la imprenta y me pongo a laburar; me vuelvo más temprano a la tarde y recupero sueño después.

Protestó, claro, pero sabía que lo que yo le decía de mi sueño era verdad, así que cuando vi que estaba dormida me tomé un café y me fui. Llegué a la imprenta a eso de la una y media, prendí las luces y me vine a mi mesa.

Siempre pensé que las horas de la noche eran las mejores para hacer mi trabajo y la ocasión era buena para ver si estaba en lo cierto.

Empecé a trabajar y empecé a escuchar los ruidos.

Como dije, no son fuertes; son pequeños chasquidos, chillidos finos, a veces alguna pelea. "Las ratas..." pensé "bichos de porquería". Seguí trabajando, tratando de no escucharlas, de concentrarme en mi trabajo pero era difícil porque la mente vuela manejada por esos ruidos inidentificables a no ser por los excrementos que ensucian todos los cajones. Y me puse a pensar sin desearlo, en qué hacían esos animales ahí; qué comían. Los bordes raídos de las resmas de papel respondían en parte a las preguntas, pero jamás pude entender por qué no se iban a algún lugar que les ofreciera mejores posibilidades alimenticias.

desde adentro?" nos dijo.

Y a todo esto los ruidos continuaron. (Ya hace tiempo desde el primero que escuché, no bien me interné dos o tres pasos en el interior del taller). Fue -después me di cuenta- una veloz estampida de algunas de ellas que estaban comiendo algo, juntas. A los quince o veinte minutos, aquello que en un primer momento era tímido

Antes de las seis (2

barullo, más bien alejado de mí, poco a poco fue ganando confianza. Los pequeños y aislados chillidos se multiplicaron y formaron un disonante pero homogéneo coro. Algunas voces se escuchaban en los techos; otras, cerca de las máquinas. Habían corridas apresuradas por las cañerías y mil y un pequeño ruiditos en todo el taller.

En algún momento dejé de trabajar y les presté mayor atención: todo estaba lleno de ratas. Me puse a pensar en lo que había comentado el dueño del taller cuando le hablé de eso, tiempo atrás.

-Mirá -dijo- ya probamos de todo; trampas, raticidas, cualquier cosa y no hay solución. A estos animales no hay quien los elimine.

Y recordé artículos leídos alguna vez acerca del problema insoluble que eran las ratas para las ciudades. Continué trabajando, continué escuchándolas y continué pensando en ellas.

Cinco o seis veces hice un fuerte ruido como para hacerlas callar y en parte lo logré, al principio. Las últimas veces casi no me hicieron caso. Mi mente divagó, se fue del taller y recordé un libro leído acerca de un mundo futuro del cual había desaparecido el hombre; mundo heredado por los perros que fueron la especie dominante. "Macanas" pensé "ni la guerra atómica va a hacer desaparecer a estos bichos; si el hombre desaparece, la rata queda.

Y fue ése el momento en que la ví.

Estaba -temblando de excitación mal contenida- en el costado derecho de mi mesa de trabajo, mirándome. "¡Pero...!" bufé rabioso mientras intentaba pegarle con la regla metálica. El golpe sonó, estruendoso, pero la rata ya se había escabullido. Frenético, agarré una escoba y empecé a golpear en los rincones, cañerías, en los tachos de basura, abajo de los muebles, en todos lados. Fueron diez minutos de desahogo físico y verbal; las insulté a todas, maté a dos y una de ellas me mordió un pié antes de morir.

Cuando sentí la punción de sus agudos dientes, cerca del tobillo, me puse más fuera de mí, si cabe. A ésa la aplasté con una lata de pintura que estaba a mano: 5 kilos que arrojé contra el inmundito animal y que no sólo lo mataron sino que me rasparon dolorosamente la pierna en su camino hacia el suelo pues los tiré prácticamente contra mi pié, en el afán de matarla.

Eso me calmó. Me descalcé, vi la pequeña herida del pié y la piel desgarrada en la pierna, de donde brotaba ya la sangre y me fui hacia el baño, donde me desinfecté y vendé. Mientras estaba haciendo esto escuché un crescendo de chillidos y peleas.

Cuando salí del baño agarré la pala y una escoba para tirar los animales muertos a la basura pero al llegar en donde los maté ya no estaban. Incrédulo busqué con la vista por los alrededores pese a recordar el lugar exacto en donde deberían estar. En vano. "Pero, ¿cómo hay que matarlas?" pensé, hasta que me di cuenta de que no sólo no estaban los cadáveres sino que no se veían las manchas de sangre que habían quedado en el piso. Con eso tuvieron explicación los chillidos y peleas: yo les había permitido un pequeño banquete.

Asqueado, decidí continuar con mi trabajo y volví a la mesa, mientras el coro reiniciaba su cacofonía. Trabajé durante un rato, sintiendo nuevamente el perceptible aumento de las voces, su cercanía y no pude menos que desear que llegaran las seis de la mañana y se poblara el taller con los ruidos de la gente trabajando.

Fui a ver la hora en el reloj donde se marcan las tarjetas de los operarios: apenas las tres y veinticinco. Supe que no iba a aguantar tanto tiempo la tensión nerviosa y decidí salir a tomar un café en el bar de la esquina, que está abierto toda la noche.

-¿Qué hacés aquí a esta hora? -me preguntó el gallego.

-Nada -contesté- estoy solo en el taller y me dio sueño. Me tomo un feca y sigo laburando.

Ahí, en ese ambiente, todo lo pasado parecía irreal así que ¿para qué contarle? Compré un diario, le di un vistazo y cuando los recuerdos de lo que pasó parecieron sólo una pesadilla, volví al taller.

En cuanto entré, las sentí. Parecían haberse excitado más aún que yo, porque sus chillidos delataban un frenesí no captado antes por mí. "Ma sí, hablen lo que quieren" pensé "y me pongo a trabajar".

Volví, efectivamente, a mi mesa pero antes de empezar tuve que limpiarla porque algunos excrementos oscuros mostraban su paso. El asco volvió a mí y pocas veces dejé el vidrio de la mesa tan limpio.

Cuando estaba terminando, sentí una pequeña presión sobre mi pié herido, bajé la vista y alcancé a ver un menudo cuerpo grisáceo que se escurría alejándose de mí. Le tiré una patada y en ese momento sentí una pequeña punzada en la mano que tenía apoyada en la mesa. No fue muy dolorosa pero la sorpresa me hizo dar un respingo; al sacar la mano sentí que golpeaba algo tibio y blando. La rata voló por el aire y al llegar al suelo desapareció rengueando.

Extrañamente, eso me enfrió. Empecé a pensar rápidamente en lo que estaba pasando, en quién era el enemigo, sus posibilidades y las mías. "No me dije- todos estos bichos no tienen inteligencia, sólo instinto. Soy yo el inteligente, yo el que no tiene que perder la serenidad... Estas ratas no se pueden dar el lujo de atacarme porque se suicidan; sólo teniendo mucha hambre y siendo muchas pueden hacerme algo; entonces ¿de qué me preocupo? Y mientras pensaba esto alcancé a ver a dos ratas que se me aproximaban por la izquierda. Fue fácil, un manotón las barrió pero en ese momento sentí unas mordeduras en el pié herido... Mientras me agacho para espantar a la que las produce otra me salta desde una estantería cercana y se me prende de una oreja. Dejo a la del pié para sacármela, lo consigo pero siento varios cuerpecitos ágiles que suben por el interior de mis pantalones; me siento en el suelo para sacármelos rápidamente pero en esa posición el ataque se intensifica, las ratas me muerden la cara interior de las piernas, en las manos, en las mejillas. Luchó pero ya sé que no tengo muchas posibilidades. Alcanzo a ver un centenar de ratas que me asltan, pero ya me están mordiendo los párpados. No duele mucho cada pedacito que me arrancan pero son muchos pedacitos.

Entonces, ¿son inteligentes? ¿Faltará mucho para las seis?